

## Deseo y destino en la enfermedad

Por Fátima Alemán (\*)

Recurrir a la literatura para decir algo sobre la enfermedad, puede ser un ejercicio valioso a la hora de extraer los efectos de una elaboración única como es la lectura y, además, permitírnos ejemplificar ciertas teorizaciones para que resulten accesibles.

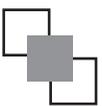
La novela de Alberto Barrera Tyszka, *La enfermedad*, publicada en el año 2006 y ganadora del premio Herralde de Novela<sup>1</sup>, ha sido para mí un hallazgo en ese sentido, porque nos acerca una ficción no solo bien escrita y con todos los condimentos de una buena novela, sino porque nos permite reflexionar junto al autor sobre lo que implica hoy en día la *experiencia* de la enfermedad. Digo experiencia porque entiendo que hay allí un proceso complejo que involucra a un sujeto (sujeto de la experiencia), que en este caso cabalga entre los datos “objetivos” de una ciencia como la medicina y los datos subjetivos de un cuerpo que se modifica en el sentido de encontrar un límite. “Creo que, desde hace mucho, me interesa el tema de la fragilidad, de nuestra debilidad frente a lo inevitable”, afirma Alberto Barrera Tyszka en relación con la historia que narra en *La enfermedad*, cuyo germen se remonta a finales de los 70 cuando, con solo 18 años, trabajó como enfermero en el Hospital Oncológico Padre Machado, el bastión de la Sociedad Anticancerosa fundado en 1959 por el doctor Alejandro Calvo Laird. “Lo hice por poco tiempo, pero me resultó algo definitivo, fundamental”. El escritor recuerda claramente esa temporada en el piso 4, donde se atendía a enfermos de cáncer genital. “Viví de cerca el sin sentido y la sin razón de la enfermedad, las experiencias -intensas pero también a veces insólitas, trágicas pero a veces también cómicas- que respiran en ese ambiente. Pienso ahora que tal vez eso me marcó, que ahí quizás empieza mi interés por el tema”<sup>2</sup>.

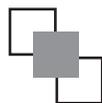
En esta novela el protagonista es un médico, el doctor Javier Miranda, que de repente se ve confrontado con dos situaciones extremas: una, la noticia de que su padre de sesenta y nueve años, un hombre sano y con la virtud de haber criado solo a su hijo luego de la muerte de la madre, padece de un cáncer terminal (carcinoma epinocelular, estadio 4, con metástasis cerebral); otra, la insistencia de un paciente, Ernesto Durán, por comunicarle los signos de una enfermedad

extraña y terrible, que no ha tenido ningún diagnóstico preciso y que solo él como médico puede curar. Es decir, la novela introduce a la enfermedad bajo dos tópicos bien diferentes: la de un real como el cáncer y la de mundo simbólico-imaginario como la hipocondría. Según las propias palabras de Miranda, recordadas por Durán en una carta, “Usted decía que no se podía hablar de enfermedad sino de enfermos. Que la enfermedad, así, en general, no existía. Que sólo existían las personas concretas, los enfermos, y que por tanto la relación entre médico y paciente debía ser una relación personal pero también una práctica médica”. Esta afirmación resulta interesante porque introduce la vertiente de “lo particular” de la enfermedad, dejando en el casillero de lo universal los datos estadísticos que conforman los manuales diagnósticos y los protocolos de tratamiento.

En la novela de Barrera hay un subtexto de lecturas sobre la temática de la enfermedad que acompañan el despliegue de la trama: Robert Burton y su *Anatomía de la melancolía*, donde la frase “la enfermedad es la madre de la modestia” provoca en el doctor Miranda la reacción contraria “¿acaso no es más bien una humillación?”; Susan Sontag y sus reflexiones sobre las dos ciudadanías, la salud y la enfermedad; Michel Foucault y su definición de “la salud como ideal inmóvil” que demuestra que la enfermedad es un ejercicio de vida y no de muerte; el médico mexicano Arnoldo Kraus y su libro *Un lectura de la vida*, al que el propio Miranda recurre cuando se debate entre decirle a su padre la “verdad” de su enfermedad o no (“La realidad es que no es fácil percatarse de qué enfermos tienen la capacidad de escuchar todo y quiénes no (...) Es a la vez evidente que hay seres capaces de manejar malas noticias, mientras que otros no cuentan con elementos para hacerlo”. ¿En qué grupo puede ubicar a su padre?).

Sin embargo, la frase que aparece como *leit motiv* en la novela, y que insiste como monólogo interior en el protagonista, es la siguiente: “¿Por qué nos cuesta tanto aceptar que la vida es una casualidad?”. Esta pregunta que introduce el narrador como apertura y cierre de la novela, es un cuestionamiento al imperativo occidental plasmado en el concepto foucaultiano de la “biopolítica”, donde la vida es puesta en el lugar de un





ideal que exige aferrarse a él y que lleva a considerar a la muerte como un mero accidente.

Sin embargo, la originalidad de la novela es que nos acerca a esta experiencia de la mano de la relación entre un padre y un hijo, donde la verdad resulta imposible de decir. “¿Vale la pena que su padre sepa la verdad? ¿Qué ventaja le puede dar ese saber? ¿Qué puede hacer con esa información? ¿De qué le sirve conocer que su cuerpo lo está traicionando, que muy pronto morirá?” El doctor Andrés Miranda se encuentra parado en la encrucijada que le presenta su saber médico y su amor filial. Es la angustia la que vehiculiza sus pensamientos, la que lo confronta con las opiniones de otros colegas, la que horada la tranquilidad de su matrimonio, la que reaviva el recuerdo traumático del accidente en el que muere su madre y que sella para siempre en un pacto silencioso la relación con su padre.

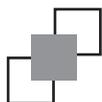
Aquí encontramos una referencia interesante para pensar la experiencia de la enfermedad: la angustia. Sin ella no habría dilema posible. Es el hombre como ser hablante el que experimenta angustia. Como dice un personaje secundario, Roger, el coordinador del taller *Aprender a Morir* al cual concurre el padre del protagonista a sus espaldas: “Ante una noticia así (saber que uno va a morir) uno no siempre reacciona como cree o piensa o sospecha que va a reaccionar. Quizás, uno puede incluso perder una semana digiriendo la noticia, creyéndosela, aceptándola. La gran diferencia entre el hombre y las demás especies es que el hombre es el único animal que sabe que va a morir. Un perro no lo sabe. Un gato no tiene ni idea, no se lo imagina. El cambio el hombre sí. Y se pasa la vida pensando en ello. Sufriendo, padeciendo esa sabiduría. Es más, hay seres humanos que pasan toda su vida tratando de evitar lo que ya saben, tratando de no pensar en ello. Hay gente que sólo puede vivir cuando se olvida que va a morir...”. Esta reflexión con cierto tono *new age* no sería posible sin la constatación de que es el lenguaje lo que hace al ser humano “saber” sobre su ser mortal. Es el lenguaje también lo que explica la angustia que acompaña la experiencia de la enfermedad.

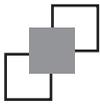
Por ello, me parece imposible dejar de mencionar que es un discurso surgido a comienzos del siglo pasado el que nos aporta una luz sobre este punto: el psicoanálisis. Freud mismo no deja de señalar desde el comienzo de su experiencia con las histéricas, que es la vida anímica la que comanda el funcionamiento del cuerpo. Es esta la razón que permite entender que la clave de su método no-médico, primero el método

catártico y luego el método analítico, es la palabra con su poder “ensalmador”. De aquí el valor que adquiere el estado anímico de la expectativa “por medio de la cual una serie de las más eficaces fuerzas anímicas pueden ponerse en movimiento hacia la contracción o la curación de afecciones corporales”<sup>3</sup>.

Es sin embargo en uno de sus últimos textos, *Inhibición, síntoma y angustia*, donde Freud presenta una teoría acabada sobre la angustia, ubicándola en serie con el dolor y el duelo. Me interesa esta comparación, porque la experiencia de la enfermedad pone en juego estos mismos procesos. Cuando alguien enferma, algo de la angustia, el dolor y el duelo tiene lugar. ¿Y qué es lo que aparece como denominador común entre ellos? La pérdida del objeto investido narcisísticamente. Habiendo definido a la angustia “como reacción frente al peligro de la pérdida de objeto”, Freud encuentra que la diferencia con lo que sucede en el proceso del duelo o en el dolor es que en estos no hay peligro sino la verificación de la pérdida misma (la muerte de alguien, la reacción del cuerpo)<sup>4</sup>. Veamos esto en la novela. Dice el narrador: “El cambio más fuerte, sin embargo, tiene que ver con su cuerpo. Javier Miranda siente que lo perdió, que en realidad ya no es suyo. Nunca antes había tenido esa sensación, nunca había sentido tan nítidamente ese desdoblamiento que produce la enfermedad. Ahora puede sentir con dramática claridad una separación entre él y su propio cuerpo. Javier Miranda está aparte, habitando una estructura dañada, metido dentro de una piel que no gobierna, que ya no dialoga con él”. La enfermedad hace del cuerpo un objeto extraño, un objeto que ha dejado de ser familiar y que por ser desconocido provoca incertidumbre. Del lado del protagonista, Andrés Miranda, “la imagen de su padre sufriendo es lo que lo aterra. El dolor es el más terrible de los lenguajes del cuerpo”.

Sin embargo, la novela de Barrera Tyszka no explota solo el costado trágico de la enfermedad. La historia de Ernesto Durán, el paciente que padece una enfermedad desconocida y busca desesperadamente su remedio en el encuentro con el médico en el que confía, introduce una cuota de comedia que da al relato un aire que descomprime. La persecución que emprende Durán con llamados telefónicos, cartas y mails, son filtrados por la secretaria privada del doctor Miranda, quien de a poco comienza a experimentar compasión por este hombre e, identificada con su desolación, decide averiguar la verdad de la enfermedad de Durán “No puede seguir viviendo sin conocer lo que real-





mente le ocurre. La enfermedad también es un acto desleal, una infidelidad inaceptable”.

En un tono de comedia y también de suspenso, la relación de Miranda con su padre signada desde el comienzo del relato por la encrucijada fatal de la enfermedad, encuentra en lo “no dicho” de la vida privada del padre un resquicio de luz que transforma la verdad trágica en un secreto vital. El hijo-médico se convierte por el empuje de su curiosidad en el detective que busca desesperadamente saber quién es su padre, saber quién es la voz de una mujer desconocida que aparece un día en el teléfono de su padre y que cuelga de inmediato al escuchar su voz. Es justamente la “intimidad secreta de su padre” lo que saca al protagonista del silencio paralizante de un cuerpo con cáncer. Este giro de la novela demuestra que la enfermedad como experiencia es siempre única y que es la palabra como vehículo de intrigas y como testigo de una verdad escurridiza, la que permite contraponer al destino fatal de una enfermedad como el cáncer, el encuentro “casual” con el deseo de una vida .

(\*) Fátima Alemán: Lic. en Psicología, Miembro de la Asociación de Psicoanálisis de La Plata, Docente de la cátedra Psicoterapia I (Facultad de Psicología, UNLP). Correo electrónico: fataleman@gmail.com

#### Notas

1. Barrera Tyszka, Alberto: La enfermedad, Anagrama, 2006.
2. Entrevista a Barrera Tyszka, revista Letralia Tierra de Letras nº156, enero 2007.
3. Freud, Sigmund: “Tratamiento psíquico (tratamiento del alma)” (1890), en Obras Completas, Tomo I, Amorrortu editores.
4. Freud, Sigmund: “Inhibición, síntoma y angustia” (1926), en Obras completas, tomo XX, Amorrortu editores.

